

Carta de Argentina

Escritores comprometidos, olvidados, desaparecidos

Jorge Andrade

En el espacio de la Feria del Libro de Buenos Aires se realizó una mesa redonda con el título: *¿El escritor comprometido está pasado de moda?* El escritor Álvaro Abós, moderador de la mesa, objetó este encabezamiento propuesto por los organizadores del acto, pues a su juicio se trataba de una pregunta que evocaba contrarios. En general el resto de los panelistas coincidió en que «compromiso» y «moda» eran términos incompatibles.

Me pregunto qué es en realidad «un escritor comprometido» si es que eso existe. En Latinoamérica, cuando en los años sesenta y setenta germinaron y crecieron, estimulados por el éxito de la revolución cubana, numerosos movimientos revolucionarios, la definición de lo que era un escritor comprometido no ofrecía lugar a dudas. Se trataba de una persona que en sus escritos aludía a las clases desfavorecidas de la sociedad, a la lucha obrera o campesina, a las acciones bélicas de las guerrillas. Él mismo podía pertenecer a esas clases o ser un miembro de los cuerpos armados o, con más frecuencia, podía ser un simpatizante, más o menos a la distancia, dado el carácter pacífico, pasivo (desde el punto de vista físico) y solitario que tiene por definición el ejercicio de la literatura.

Cuando las derrotas hicieron perder prestigio a la lucha social y armada, el «escritor comprometido» desapareció de escena, siendo barrido por los vientos transformadores del neoliberalismo. Las nuevas luminarias que ocuparon las tablas hicieron gala de su falta de compromiso con ningún valor que no fuera el del lucimiento y el éxito personal. Decidieron pasearse por mundos fantasiosos, de lejanos pretéritos o de improbables porvenires, dejando claro que en su ideario no cabían ni la profundidad ni la obsesión sino que habían decidido ejercer conscientemente, y así lo declaraban, el revoloteo superficial que va de uno a otro microcosmos fragmentario de la postmodernidad, libando el néctar dulzón de las apariencias de los acontecimientos.

Vistos así el «compromiso» y el «descompromiso» se parecen bastante más a una moda de lo que desea, sin duda sinceramente, Abós. Entonces, insisto en preguntarme si en definitiva existe o no la categoría del «escritor comprometido». Me contesto que no en los términos maniqueístas que usa-

ron los últimos revolucionarios modernos y los neoliberales postmodernos que los reemplazaron. Recuerdo, por haber sido testigo de la época, que los criterios de valoración ideologizados de los setenta juzgaban la calidad de una obra por su valor declarativo, no por la solidez de su trama ni la precisión de su estilo. Valía la obra en cuanto pudiera ser utilizada como panfleto, dando lugar a una lamentable confusión de géneros. Otro tanto pero opuesto comenzó a ocurrir en los ochenta, ante cualquier sospecha de que contuviera «ideología» se descalificaba un libro.

Dado lo que antecede me repregunto: ¿hay alguna forma de compromiso para el escritor? Y me respondo que sí la hay si en el escritor vemos, ante todo, al hombre o la mujer que lo encarna, que sí puede (y debería, vista su responsabilidad con aquellos sobre los que ejerce influencia, que son sus lectores) estar comprometido con una idea y una conducta. El suyo es un compromiso con la coherencia entre pensamiento y acción, con el discurso claro sin concesiones a las ambigüedades calculadas, con la homogeneidad ideológica en el tiempo, que no excluye, antes al contrario favorece, la evolución razonada pero excluye los saltos mortales ideológicos encubridores de propósitos espurios. El compromiso de este hombre o mujer que escribe es con su obra, la que no tiene por qué tratar de uno u otro tema o adoptar este o aquel estilo, sino cuyo único deber es el de buscar el nivel de calidad que le permita reclamarse como «obra de arte». Por eso mismo no puede caer en la tentación de engañar al lector pretendiendo que lo que dice es más de lo que es capaz de decir y apelando para ello a los estereotipos, la grandilocuencia o la oscuridad a fin de simular profundidad y grandeza. En definitiva, a mi juicio, si existe «el escritor comprometido» éste es el ser humano honesto que produce una obra honesta.

En el mismo ámbito de la Feria no se realizó, en cambio, el homenaje previsto a Haroldo Conti, Antonio di Benedetto, Daniel Moyano y Rodolfo Walsh. Cuatro escritores secuestrados por la dictadura militar. Todos torturados. Dos de ellos, Conti y Walsh, asesinados y oficialmente desaparecidos; los otros dos marcados hasta su muerte por las secuelas de la tortura. Tres de ellos olvidados y el cuarto, Walsh, recordado tal vez porque su literatura de no ficción conecta más evidentemente con su compromiso político.

El olvido se magnifica con la indiferencia. La indiferencia oficial se puso de manifiesto sin tapujos cuando el acto fue cancelado por rencillas administrativas. La falta de memoria de los pueblos –no digo, sólo, del argentino– es proverbial en relación con los que lucharon por mejorar el futuro cuando su mensaje moral estorba a los que luchan por mejorar su presente, y cuando los «homenajes» no sirven para dar lustres inmediatos y personales.

Más allá de estos pormenores anecdóticos acerca de los mezquinos comportamientos humanos, uno no termina de sorprenderse del olvido con que se oculta a figuras importantes de un pasado literario tan reciente. Se olvida al autor de *Sudeste* y de *Alrededor de la jaula*, al de *Zama* y *El silenciero*, al de *El monstruo y otros relatos* y *El fuego interrumpido*, así como a otros que atesoran el mismo mérito literario, si no el martirio personal, de los cuatro «no homenajeados», como por ejemplo Abelardo Arias. El creador de *Álamos talados* y *Límite de clase*, diez años mayor que Conti y sus compañeros, se encontraba en la plenitud de su éxito literario cuando los doblemente olvidados –por la memoria y por la indiferencia oficial– empezaban a cosechar las primeras muestras de aprecio de los lectores, y hoy está tan perdido en las nieblas del pasado como ellos.

A veces se sucumbe a la tentación de atribuir las causas del éxito o el fracaso, y las del olvido, a la conducta social que los afectados tuvieron en vida. De los cuatro escritores que motivan esta parte de la nota conocí personalmente a Di Benedetto y Moyano, y tuve noticias cercanas de Haroldo Conti a través de amigos comunes. Eran personalidades diferentes. Los testimonios confiables que tengo sobre el autor de *Mascaró* describen a un hombre hosco y reservado, amigo de los amigos pero capaz de los más desalentadores ex abruptos, en consecuencia aparentemente poco apto para el delicado trabajo de la autopromoción. A Di Benedetto y Moyano los traté cuando ya estaban fuertemente tocados por el encarcelamiento, la vejación y la tortura. Sufrían largas depresiones, pero debo decir que cuando emergían eran personas sociables, cordiales, con sentido del humor, cualidades todas que, en principio, parecían coadyuvar a la buena inserción social y en consecuencia a las prácticas necesarias a un posicionamiento favorable en el medio literario. Sin embargo tanto el uno como los otros están olvidados.

Las nuevas generaciones de escritores no saben quiénes son Conti, Di Benedetto, Moyano, y no se preocupan por ello. Las nuevas generaciones de lectores –si existen– que son los que de verdad importan porque deberían interesarse por la obra ajena, tampoco lo saben. A lo sumo, a algunos de éstos, los nombres de los creadores pueden evocarles la vaga remembranza de los desaparecidos, entre quienes había hombres y mujeres que merecieron la represalia del infierno general que fue la dictadura por el simple delito de pensar. No los recuerda la burocracia cultural porque tiene intereses más perentorios. Nos acordamos de ellos los que los conocimos pero, sobre todo, los que los homenajeamos día a día porque fuimos y seremos sus asiduos, gozosos y reconocidos lectores.

Adiós, Cordoba!

I

Erán tres; siempre los tres! Pimira, Pura y
la Cordoba. El pedo Yomante es un pedero
triangular de terciopelo verde teñido, como una
colgadura, colta abajo por la línea. Una de sus
angulos, al aporiar, le imprime al camino
de hierro de Obispo a Sijon. Una pala del te-
legrafo plantada allí como pendón de
conquista, con sus picuras blancas y las lam-
bras paralelas a donde le engranda. Representa por
Pura y Pimira al ancho mundo abismado, vasto-
simo, terrible, atómicamente ignado. Pimira, después
de pensar mucho, cuando a fuerza de ser dios
y dios el poste tranquilo, impasivo, conyuctivo,
de un gran sin duda de actividad en la vida
y por ende todo el problema es un árbol vivo, que vive
vibrando en él, eleva la superficie hasta el extre-
mo de donde al leño y torques ~~para~~ hasta
una de la abundancia. Por nunca llegar a tocar